

XVI

LA POSADA DE « EL BUEN SAMARITANO »

8 de Agosto de 1915.

A pesar de la amable acogida que se encuentra en ella y de la sana y constante alegría que en su recinto impera, se trata de una posada que realmente no puedo recomendar sino con todo linaje de reservas.

Primeramente, la entrada en ella es muy difícil, hasta el punto de que las señoras nunca son admitidas; para subir — porque está instalada a mucha altura — es necesario caminar durante largas horas a través de bosques seculares, donde el hacha penetró por vez primera hace tres meses, recorriendo caminos raros, con recodos muy bruscos, entre árboles gigantes, abetos o alerces, cortados ayer, y que aun yacen disemi-

nados en distintas direcciones; esos caminos raros se ocultan, bajo el verdor del ramaje espeso, con cuidado tan celoso que, en las contadísimas claras o plazoletas, se han colocado erguidos árboles arrancados de otros sitios y puestos allí únicamente para encubrir a las personas con el toldo de ramas moribundas; es de suponer que, en las montañas vecinas, vigilan ojos perspicaces y malintencionados, contra los cuales son indispensables tantas precauciones.

Pero en el camino, en estas selvas que a primera vista parecían selvas vírgenes, hay mucha gente. Desde cierta distancia, cuando se divisan estos montes revestidos de verdor lozano, espeso y por doquier idéntico, ¿cómo imaginar que albergan a numerosos pobladores? ¿Y cómo presumir que se trata de pobladores singulares, evidentemente restos de humanidades en absoluto prehistóricas, y que presentan la anomalía de no tener mujeres? No hay más que hombres que, por curioso capricho de uniformidad, se han vestido todos con hopalandas viejas de lana de color azul celeste pálido; no muestran muy cuidado

el cabello ni la barba, y aunque su aspecto es de salteadores, dejan ver rostros tan bondadosos y sonrisas tan francas, que no inspiran espanto alguno al que pasa cerca de ellos; antes por el contrario, se experimenta vivo deseo de detenerse para darles un apretón de manos. Pero ¡qué graciosas las reducidas viviendas que han construido, aisladas unas y agrupadas otras como formando un pueblecillo! Las hay ligerísimas, hechas de tablas y cubiertas de ramitas de abeto, provistas en el interior de colchones de hojas, que sirven de lechos; las hay subterráneas, foscas como antros de trogloditas y rodeadas por enormes fragmentos de rocas, para defenderlas sin duda contra las temibles bestias feroces de los alrededores. Y siempre se hallan las viviendas al lado de uno de los cristalinos e innumerables arroyuelos que se precipitan saltando ruidosamente desde la altura, entre flores sonrosadas... musgos, — porque hay profusión de minúsculas cascadas y todas estas montañas están llenas de rumores musicales de aguas vivas... Ciertamente es que, también, se oyen de vez en cuando sinies-

tros ruidos cavernosos, detonaciones que surgen a la derecha o a la izquierda, y que los ecos prolongan... ¿Es que, por casualidad, hay artillería disimulada acá y acullá en a selva?... ¡Qué falta de buen gusto, turbar así la sinfonía de los manantiales!

Probablemente acaban de llegar estos sa vajes pobladores vestidos de gris azul; proceden de inmigración reciente, porque todo es nuevo e improvisado en su instalación, como lo es también en el interminable camino lleno de recodos, que ellos han trazado, y por el cual hoy, nuestros automóviles, si bien desplegando algún esfuerzo, consiguen subir con rapidez...

*
*
*

Una de las particularidades de estos pueblecillos clandestinos, que se han agazapado bajo las umbrosas arboledas de los montes, consiste en que cada uno de ellos tiene su cementerio — cuidado con solicitud cariñosa — inmediata-

mente al lado, lindando con las habitaciones, cual si los vivos tuviesen empeño en no alejarse de sus muertos... ¿Pero cómo se explica que mueran tantos cerca de estos cristalinos manantiales, en una región donde el aire es tan vivificador y tan puro?... Las tumbas, inquietadoras por su excesivo número, alinean sus humildes cruces de madera, todas semejantes; lucen festones de helechos esmeradamente regados, o bien de piedrecitas muy elegidas; algunas flores de sombra, abundantísimas en esta comarca, muestran en los contornos sus lindos penachos sonrosados, y sobre la totalidad del conjunto descende la transparente semiobscuridad verdosa que envuelve a la montaña, la semiobscuridad de estos árboles, abetos y alerces, multiplicados hasta lo infinito, apretados unos contra los otros cual las espigas en un trigal, airosos y derechos como gigantescos mástiles de un navío.

Apresurándonos en dirección a la Posada del Buen Samaritano, que es el objeto de nuestra caminata, continuamos subiendo a buena marcha, aunque hay curvas bruscas que nos obligan

a retroceder dos veces para salvarlas, y aun cuando hay sitios difíciles, en los que, por la humedad del terreno, nuestros automóviles resbalan, patinan y no avanzan.

Los pobladores, de aspecto primitivo, entre los cuales viajamos desde esta mañana, parecen sobre todo preocupados de abrir estos caminos cuya necesidad verdaderamente no se explica, dada la sencillez del género de vida de los mismos que se afanan por construirlos. En el trayecto que recorreremos, nos encontramos a casi todos esos hombres atareados en su labor, trabajando, trabajando con hachas, palas, picos y azadones, apresurándose como si existiese urgencia. Se yerguen un instante para dirigirnos el saludo militar, que a veces acompañan de una leve sonrisa llena de familiaridad respetuosa y conmovedora, y después se inclinan de nuevo para proseguir su ruda faena, para nivelar, ensanchar y apuntalar, o para cortar las raíces que estorban aún, o para arrancar peñascos que obstruyen el paso. Y cuando nos enteramos de que apenas hace diez meses que dieron comienzo

a esta obra fatigosísima, en plena selva hasta entonces inviolada, hay motivos para creer que todos los Genios de la montaña se han despertado a fin de prestarles su mágico concurso...

¡Oh, qué admiración bien sentida debemos asimismo a nuestros constructores de caminos — a nuestros valerosos trabajadores territoriales — que, en apariencia, desempeñan el papel de hombres salvajes! Han renovado en favor nuestro los milagros de las legiones romanas que, a través de los bosques de las Galias, abrían rapidísimamente calzadas para el paso de los ejércitos. Gracias a su prodigioso trabajo, ejecutado sin tregua y sin protesta, las condiciones de la lucha, en esta región hasta ayer inaccesible, van a cambiar radicalmente en pro de nuestros queridos soldados; en las cumbres donde habitan, todo llegará hasta ellos con velocidad diez veces mayor : armas, metralla vengadora y viveres; y, en pocas horas, sus heridos graves, podrán ser cómodamente trasladados en carruajes a las bienhechoras ambulancias del llano.

* * *

Bruscamente, hacia los mil cuatrocientos o mil quinientos metros de altura, la bóveda secular de la selva se desgarró, un profundo cielo azul aparece sobre nuestras cabezas, y horizontes infinitos despliegan en torno nuestro sus deslumbradoras fantasmagorías. La atmósfera ha querido lucirse hoy haciendo alarde de pureza para recibirnos, y hasta tal punto es maravillosamente diáfana, que no perdemos ni un detalle de las lejanías más remotas.

Nos dicen que hemos llegado a la meseta en que se encuentra la amable posada, naturalmente invisible aún. Pero, esta meseta, ¿dónde se halla situada, en qué país del mundo? En torno y debajo de nosotros, los primeros términos sólo nos muestran cimas uniformemente cubiertas de árboles de idéntica clase; esto nos remonta la imaginación hasta esas grandes monotonías verdes que debieron de cubrir a la tierra en el

comienzo de nuestro período geológico, pero esto no denota un país particular, ni una época de la Historia. Verdad es que, a lo lejos, se dibujan aspectos más indicadores: así, en lontananza, en los confines del horizonte, esas montañas que se prolongan enlazadas y revestidas de verdor igualmente sombrío, se asemejan mucho a la Selva Negra; además, esta cadena de ventisqueros que destaca, con asombrosa limpieza, sobre el cielo sus aristas de cristal color rosa, se parece bastante a los Alpes, — y hasta cierto picacho recuerda demasiado a la Jungfrau y casi no permite dudas... Pero no tengo derecho para precisar más; diré solamente que esas azuladas llanuras que, hacia el Este, se extienden ante nuestros pies, como anchuroso mar, fueron antaño francesas y están en camino de volver a serlo...

¡Cuán espaciosa es esta meseta, y qué despojada aparece entre las demás cumbres protegidas por arboledas! Ni siquiera hay matorrales; probablemente los vientos del invierno soplan aquí con demasiada fuerza; sólo hay hierba

corta y tupida y algunas plantitas casi rastreras que producen humildes flores. Se respira con deleite y se siente la embriaguez deliciosa del aire puro, de la luz y del espacio dilatado; pero este paraje tiene, sin embargo, algo indefiniblemente trágico, debido tal vez a los grandes boquetes circulares, recientemente abiertos por doquier, y a los crueles desgarrones que surcan el suelo en distintos puntos. ¿Pero qué puede caer desde el cielo para marcar esta altiplanicie con tantas cicatrices?... Nos dicen que unas aves monstruosas, con músculos de hierro, acuden frecuentemente a rondar por el horizonte azul de esta altura. También, de vez en cuando, un cañonazo, disparado por alguna batería invisible, retumba de valle en valle, y turba el majestuoso silencio, y seguidamente el ruido de una granada se prolonga, cual si pasase un bando de perdices...

Divisamos a varios soldados de Francia, alpinos o caballeros en sus corceles, diseminados por grupos en esta especie de llanada que sirve de remate a una eminencia. En el momento actual

todos miran a un mismo punto, levantando la cabeza : acaban de recibir aviso de que hay a la vista una de las grandes y dañinas aves; y el ave vuela orgullosamente, cruzando las alturas, en medio del abismo azul. Pero, en el acto, corren tras ella nubecillas blancas, nubecillas microscópicas que surgen de modo repentino y se desvanecen — semejando copitos de blanco algodón, — sin que nadie pudiera sospechar que llevan consigo la muerte. No obstante, el perverso pájaro ha comprendido que contra él apuntan buenos cazadores, y retrocede a todo vuelo en su camino, mientras que nuestros soldados rompen a reír alegremente.

¿Y la posada? Está ante nosotros, a pocos centenares de pasos; es esa cabaña grisea, donde la hermosa bandera tricolor flota acariciada por el viento leve de las alturas, pero junto a la cual una elevadísima cruz de abeto, un calvario de cuatro o cinco metros, se yergue y abre los brazos, como brindando un consejo solemne...

No tengo más remedio que confesar que se registran muchas defunciones en la Posada del

Buen Samaritano o en sus contornos, y he aquí por qué comencé haciendo todo linaje de reservas antes de recomendarla. Es asombroso que tal cosa ocurra en lugar donde se respira un aire tan saludable; es asombroso, pero indiscutible, y ha habido que crear apresuradamente un cementerio, cuya existencia denuncia desde lejos a los viajeros esta elevada cruz de madera, nueva por completo.

Sí, muere mucha gente, pero muere muy bien y del modo más adorable que se puede morir. Naturalmente, cada uno con arreglo a su carácter y según su temperamento de alma : estos, con la imperturbable serenidad del deber cumplido; aquellos, en una exaltación magnífica, — pero todos... ¡ alcanzando la gloria !

*
* *

La famosa posada — la residencia de los oficiales que mandan este puesto avanzado, y en la cual los contados amigos que por aquí pasan,

oficiales encargados de establecer contactos, correos, etc., están seguros de encontrar alegre y cariñosa hospitalidad, — ¿es posible que sea este modesto barracón de tablas? Pues, sí, y para que nadie lo ignore, luce una linda muestra, a la moda de antaño, en forma de escudo, que se balancea pendiente de una barra de hierro : « Posada del Buen Samaritano ». El letrero está pintado con caracteres decorativos, y la broma resulta muy graciosa, por contraste con la desnudez del albergue, digno de Robinsón. Un oficial, en un día de humor más excelente que el de costumbre, imaginó esta broma para acoger a los camaradas que llegasen en comisión de servicio, y, naturalmente, encontró en seguida, entre sus soldados, uno que en la vida civil era carpintero y otro que se ganaba el sustento como pintor decorador, y ambos se regocijaron de realizar sin perder momento la graciosa idea del oficial.

El mueblaje de la posada es muy sobrio, dicho sea en honor de la verdad, y la pared de tablas resguarda estrictamente de la nieve y de la llu-

via, apenas del viento, nunca de las granadas. Pero, por las ventanitas, se respira a pulmón lleno, y, mirando desde el umbral de la puerta, el viajero queda maravillado por la perspectiva a vista de pájaro de las dilatadas selvas, de la infinita cadena de ventisqueros de cristal y de las lejanías sin límites y hasta por encima de las nubes...

Bien, pues en la línea de combate hay por doquiera « Posadas del Buen Samaritano »; indudablemente se hallan instaladas a menos altura que ésta, no lucen una muestra, no llevan este título, y con frecuencia ni aun tienen nombre alguno; pero en todas reina el mismo espíritu de amable hospitalidad, de robusta confianza, de resistencia paciente y alegre y de buen ánimo para afrontar el sacrificio. Y en todas, como en ésta, sus moradores son capaces, entre chaparrón y chaparrón de metralla, de divertirse ideando niñerías, pues les sobra entereza de corazón para ello; y si la aproximación a estas posadas no estuviese rigurosamente prohibida por las autoridades militares, yo invitaría a todos los melan-

cólicos de última fila, que dudan de Francia y de su porvenir, a que viniesen a intentar curarse en estos sanatorios.

* *

Y ahora, después de la posada, visitemos piadosamente el ANEXO, — el anexo obligatorio, por desgracia. En torno del calvario que lo domina, hay un campo cerrado por una valla calada, de ramas de alerce artísticamente entrelazadas. En el recinto, las tumbas, ya numerosas en demasía, conservan cierto aspecto militar, por su manera de alinearse correctamente y por ostentar todas crucecitas iguales adornadas con una corona de follaje. — ¡La cruz!... A pesar de las incredulidades, de las negaciones y de los desdenes, continúa siendo siempre el signo hacia el cual nos impulsan dulces atavismos, desde el instante en que aparece la muerte. — Ni un árbol, ni un arbusto, puesto que no crecen en este sitio; en el suelo, nada más que la hierba corta de esta

meseta barrida por el viento; se ha intentado muchas veces formar festones, valiéndose de algunas plantas achaparradas que crecen en los contornos, pero siempre se ha concluído por emplear las hileras de guijarros, que se mantienen mejor en el lugar donde se colocan. Y, dentro de unas cinco semanas, espesos sudarios de nieve comenzarán a amortajar todo esto, — hasta que luego llegue otra primavera, en que reverdecerá la hierba, en medio de mayor olvido.

Sin embargo, no los compadezcamos, pues les ha correspondido la mejor parte a los juveniles muertos que descansan aquí, en esta cumbre gloriosa destinada a ser de nuevo, cuando concluya la guerra, una soledad inefablemente tranquila, dominadora de los bosques, de los valles y de las llanuras...

XVII

PARA LA SALVACIÓN DE NUESTROS HERIDOS

Agosto de 1915.

Para nuestros amados heridos, que caen diariamente en el campo de batalla, la salvación, en el noventa por ciento de los casos, depende de la rapidez con que se les levanta, de la manera suave y pronta con que se les conduce a las ambulancias, para acostarlos allí en buenos lechos y dejarlos confiados a las manos bienhechoras que los aguardan. Por no ser bastante sabido, conviene repetirlo : ocurre constantemente que heridas que no habrían tenido importancia, se inficionan hasta convertirse en mortales, por haber permanecido demasiado tiempo cubiertas con ropas sucias o por haber estado durante muchas horas en contacto con la tierra o con el fango. En

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

los comienzos de la guerra, en las primeras semanas, cuando la taimada y fulminante agresión de los Bárbaros vino a sorprendernos, las balas y la metralla no fueron los únicos elementos que privaron de la vida a los hijos de Francia; hubo, también, en ocasiones, lentitud para la prestación de auxilios, imposibilidad de proceder con la rapidez indispensable, obstáculos contra los cuales se estrellaron, al principio, las abnegaciones admirables y los recursos del ingenio aplicados a la labor de decuplicar o de improvisar los servicios sanitarios. Después, se ha acudido de todos lados, se ha dado a manos llenas, se ha organizado con cariño, y las cosas marchan ya muy bien; pero aun queda por hacer, porque la tarea es pesada y múltiple, y porque necesitamos estar más dispuestos que nunca, en previsión de las hermosas batallas finales para la liberación.

Ahora bien, se ha constituido una sociedad con objeto de enviar a la línea de combate nuevas series de automóviles rápidos, provistos de bastidores y de colchones perfeccionados; así algunos millares más de nuestros heridos podrán ser

acostados en el acto entre ropas muy limpias, y luego conducidos apresuradamente, sin los retrasos que gangrenan las heridas, sin los sacudimientos que exacerbaban el dolor de las fracturas de huesos y que hacen sufrir más horriblemente a esas queridas cabezas magulladas.

Pero, a pesar de los primeros donativos magníficos, todavía hace falta allegar fondos para que la empresa llegue a feliz término. Suplico, pues, a todas las madres, cuyos hijos pueden caer de un momento a otro, suplico a todos los padres que tienen en la línea de fuego a un ser bien amado, les suplico que envíen recursos, sin tardar y sin contar, a fin de que pronto, antes de los combates de Abril, se encuentren preparados para marchar algunos centenares de esos grandes vehículos de salvamento, que seguramente nos conservarán tantas y tantas preciosas existencias.